**Sea como sea, ámame, por favor: La (no) resolución edípicaen Lacan[[1]](#footnote-2)**

**Nicole Pedroti Venturin Padilha[[2]](#footnote-3)**

**1 Introducción**

Hemos visto, en los últimos tiempos, muchas mujeres rompiendo el silencio y denunciando varios casos de asedio, agresión física o psicológica, entre otros casos en los que sienten su sexualidad y subjetividad invadidas y no respetadas. Mucho se ha hablado a respeto de un discurso social machista latente que influye las relaciones intersubjetivas vigentes.

 Sin embargo, lo que percibimos es que ese discurso no esta restricto a los hombres, pero acaba tocando también el imaginario femenino. En la clínica, hemos escuchado palabras como: “Yo siempre soy la engañada. Algo ha de estar mal conmigo”; “Él me agredió aquella vez, pero siempre es tan bueno para mí”; “Él me agredió y yo fingí que me había caído. Me dio vergüenza decir la verdad”; “Todos los hombres engañan. Si no aceptas eso, es mejor estar sola”, y otros. Eso llevó a una reflexión: ¿Qué es lo que hace con que, desde la época de las histéricas de Freud, mismo con todo el discurso de libertad que viene siendo construido acerca del femenino, la mujer todavía se ponga en un lugar de sumisión e inferioridad con respecto a los hombres? Cuestión que llevó a esta presente investigación, para más allá de lo social y de lo intersubjetivo, en el sentido de investigar los procesos allí envueltos, y cuyo objetivo no es quedarse en la égida del masoquismo, pero promover una comprensión acerca de la resolución (o no) del Edipo.

**2 Diferenciación sexual**

En la teoría freudiana, la cuestión fálica parece corresponder (en un primer momento) a las cuestiones anatómicas: falo es igual a pene. Así, la diferencia sexual anatómica – tener o no tener pene/falo – estaría en el centro de lo que constituiría lo masculino, como actividad, y lo femenino, como pasividad. La castración, en ese sentido, también ganaría equivalencia con la cuestión anatómica. En “La organización genital infantil”, Freud (1923/1996) defiende que, en la organización pregenital, habría un único órgano sexual: el pene/falo, y que, por lo tanto, la distinción inicial que ocurre entre tener el pene/actividad y ser castrado/pasividad. Así, el hecho de la mujer no poseer pene (ser castrada) podría estar conectado a la idea de punición, que “solamente las personas despreciables del sexo femenino” son las perderían sus órganos genitales. El desarrollo de la sexualidad femenina ocurriría, por lo tanto, en el sentido de reconocer que posee un órgano sexual proprio – la vagina –, y no más como alguien desproveído del único órgano sexual hasta entonces reconocido – el pene.

 En “Disolución del Complejo de Edipo”, Freud (1924ª/1996) defiende que la niña, al percibir que ella, así como la madre, nunca vendrá a tener un pene, voltea su amor al padre para tentar obtener de él lo que le fue negado por medio de la ecuación simbólica pene-bebé. O sea, el padre es aquél que le puede dar un bebé. Así, sería a través de la decepción que la niña se lanzaría hasta la posición femenina asociada a la pasividad: recibir el falo de un hombre (originalmente, el padre).

 Sin embargo, en el desdoblar de su obra, Freud parece acercarse del carácter simbólico del falo como falta, no apenas en el ámbito anatómico. Kehl (1998), destaca que, en el texto “Fetichismo”, Freud parece indicar una visión más simbólica del falo, pues el fetiche vendría como substituto fálico, como un intento de obturar una falta, percibida y rehusada. Así, el estatuto fálico del pene dejaría de estar garantizado, una vez que sólo es falo en la medida que se constituye como objeto del deseo de la madre, objeto capaz de tapar una falta: “Ya no basta portar un pene para tener un falo […]”[[3]](#footnote-4) (Kehl, 1998, p. 247).

 En “El problema económico del masoquismo”, Freud (1924b/1996), a pesar de todavía asociar el femenino al pasivo y el masculino al activo, resalta que la posición femenino/pasivo no está necesariamente destinada a las mujeres, así como la posición masculino/activo no designa necesariamente la posición asumida por los hombres. Deshace, de esa forma, una analogía directa entre la anatomía y la posición asumida.

 Esa idea Lacan va a retomar en el nivel de lo simbólico: castración, en los dos sexos, estaría en el orden de la falta, en la representación del sujeto barrado.“La castración en el Otro […] es la condición de la castración en el sujeto. Por otro lado, […] el falo, simbolizable a partir de cualquier objeto al cual una cultura atribuya valor, no pertenece a ningún sujeto, pero está al alcance de todos” (Kehl, 1998, p. 235).[[4]](#footnote-5) Así, el hecho de que el niño tiene pene y su ausencia en la niña no tendrían correlación directa a la posesión o no del falo. “[…] el falo es un signo del cual no hay correspondiente, equivalente.” (Lacan, 1955-1956/2010, p. 201).[[5]](#footnote-6)

Así que,el pasaje de la sexualidad infantil a la sexualidad adulta no es únicamente orgánica, pero está enlazada a la representación imaginaria y simbólica de la diferencia sexual. O sea, de la salida de una posición infantil, en la que apenas un órgano es reconocido, que promueve una oposición entre fálicos y castrados, para la concepción de que existen dos sexos opuestos – el masculino y el femenino (Kehl, 1998).

**3 El Complejo de Edipo en Lacan**

 Lacan (1957-1958/1999) propone, en su “Seminario 5”, una división del Complejo de Edipo en tres tiempos. El primer ocurre a partir de la alienación al deseo del Otro, de una imagen capaz de captar la mirada de Otro. El deseo del bebé “ […] es el deseo del deseo de la madre.” (Lacan, 1957-1958/1999, p. 188). [[6]](#footnote-7) Su búsqueda se hace en el sentido de ser el objeto de amor del Otro, de saber que es lo que quiere ese Otro materno absoluto. Y, al atribuir que el objeto de deseo de la madre es el falo, hace una identificación con ese falo, al ofrecerse como falo. Para el bebé, él mismo ES el falo.

 Sin embargo, el niño percibe, progresivamente, la insatisfacción de la madre y de que, por lo tanto, el falo no le pertenece. Él se da cuenta que el objeto del deseo de la madre esta para mas allá de ella, en un tercero, aquél en dónde se puede encontrar el falo. El padre entra en esa relación madre-bebé “[…] como aquél que priva la madre del objeto de su deseo […] el objeto fálico […]”(Lacan 1957-1958/1999, p. 190).[[7]](#footnote-8)El padre interviene no como un personaje, pero como un derecho. En la concepción de Lacan, el padre no es apenas un objeto, pero una metáfora: aquél que enuncia la ley, la ley de la privación. Y esa privación, de la cual la madre es objeto, el sujeto infantil asume o no. Se trata, en el nivel del imaginario, de ser o no ser el falo. Lacan introduce la metáfora del padre como aquella que impone al niño la castración simbólica.

 En ese segundo tiempo, el deseo de la madre pasa a direccionarse para el Nombre del Padre mientras significante y no como una persona. “Es en el Nombre del Padre que se debe reconocer el soporte de la función simbólica que, desde el liminar de los tiempos históricos, identifica su persona como la imagen de la ley.” (Lacan, 1953/1998, p. 279). [[8]](#footnote-9)La ley primordial que conduce la cultura, del interdicto, de la prohibición del incesto. Y ese significante será una metáfora de lo que puede tener valor fálico (el proprio padre, un trabajo, un bebé, etc.). El Nombre del Padre se inscribe en el lugar del Otro, y el significante fálico que resulta de esta operación se convierte en algo diferente del falo imaginario. Falo como significante, como “[…] razón del deseo del Otro […]”, deseo que impone reconocer que el Otro, así como el proprio sujeto, es “[…] dividido pela *Spaltung*significante.”(Lacan, 1958/1998, p. 700). [[9]](#footnote-10)

 Así, en un primer momento, el bebé estaba en una posición imaginaria, dónde tomaba el lugar de falo, de objeto de deseo de la madre. Con la entrada de un tercero, el bebé se introduce en el universo simbólico, cuando asume una posición de sujeto de deseo, bajo la ley del Otro, el interdicto del padre. Así, el deseo se inscribe en el orden de la falta. Es la ley del padre que introduce límites al goce, que marca su prohibición. De ese modo, el Nombre del Padre viene a impedir el Otro omnipotente y absoluto, a quien el bebé, hasta ese entonces, debería atender a todos los caprichos. El Otro se convierte en el lugar de la ley, el lugar de la posibilidad simbólica. El falo, que antes se constituía como objeto imaginario del deseo de la madre, pasa al lugar de significante del deseo, de un Otro que es impedido.

 Sin embargo, Lacan (1957-1958/1999) subraya que esa función paterna solamente se realiza a través de la madre, si esa también se reconoce como sometida a la ley, o sea, se reconozca como un sujeto faltante, que no posee el falo. Solo así será posible para el bebé percibir que él no es ese objeto de deseo de la madre. Y es ese el movimiento que introduce la niña al Edipo: la comprensión del padre como el que posee el pene real, como aquél que le puede dar un bebé. El padre es inicialmente su objeto de amor. Objeto al cual fue conducida por el orden de la falta. A partir de eso, el proceso se conducirá en el sentido de que ese padre pueda ser substituido por otros significantes de valor fálico.

 En el ultimo tiempo del Edipo, el padre surge como Ideal del yo, como aquél que posee el falo. “[…] el padre puede darle a la madre lo que ella desea, y puede darlo porque él lo posee.” (Lacan, 1957-1958/1999), p. 200).[[10]](#footnote-11) En el desenlace del Complejo de Edipo, la niña pasa a saber dónde está el falo y, así, a ir en su dirección. Mientras la función del hombre y de la mujer sale del dominio del imaginario, pasando al nivel del simbólico, la posición sexual se puede consumar. Es importante resaltar, sin embargo, que tener el falo no estaría asociado a necesariamente el hecho del padre tener el pene. Pero si del padre haber sido introducido, simbólicamente, como un objeto de deseo de la madre, como un tercero que denuncia la falta, la incompletud de la madre. El padre surge como una posibilidad de busca fálica, de un tercer capaz de dar satisfacción, para mas allá de si mismo. Una satisfacción siempre parcial.

**4 Sexualidad y Sexuación**

 El bebé nace con un sexo biológico que le hace diferente como individuo que posee un pene = macho o una vagina = hembra. Pero eso no quiere decir, necesariamente, que el individuo que posee un pene va asumir una posición masculina y que el individuo que posee una vagina va a asumir una posición femenina. De mismo modo, eso no será lo que determina la resolución edípica, una vez que esa resolución esta para mas allá de lo anatómico, pues tiene un caráctersimbólico, del entendimiento del falo como significante de la falta, de la relación de presencia/ausencia, de la relación con el deseo y con la ley. El cuerpo infantil, ese cuerpo anatómico, empieza a ser investido, en la relación con el Otro materno. Cuerpo que pasa a ser sexual, que puede experimentar sensaciones de placer y que, en la identificación fálica, surge como posibilidad de goce y plenitud de la madre. Sin embargo, poco a poco, el bebé percibe que algo le falta a ese Otro, que él desea para más allá del bebé y que, entonces, el niño no es el falo. El goce pasa a ser impedido y el sujeto es introducido en el orden del deseo, del simbólico y de la ley.

 La sexuación, por lo tanto, proviene del interdicto, de la resolución del Edipo. “El final del Complejo de Edipo es correlativo de la instauración de la ley como reprimida en el inconsciente […]” [[11]](#footnote-12) (Lacan, 1956-1957/1995, p. 216). Proviene de la constitución de un objeto causador de deseo y con la búsqueda del sujeto, a lo largo de su vida, por algo que le falta, algo que él imagina un día haber perdido. Así, la sexuación no es dada por lo biológico, pero por la interdicción que proviene de la ley del Otro. La sexuación se constituye, de esa forma, a partir del impedimento del goce, de la determinación simbólica del sujeto como ser faltante e de su relación con el deseo (Kehl, 1998). El reconocimiento de la posición sexual del sujeto está conectado con su entrada en el simbólico. Sexualidad en busca de una satisfacción que es siempre parcial, de algo que se atribuye el valor que pueda ocupar ese lugar de objeto substituido, fálico.

 Eso permite pensar la mujer para más allá de una posición de desposesión fálica, o sea, de alguien que, por no poseer un pene, está destinada a ser deseada por un hombre para así ser capaz de generar un bebé. Pues, el fálico estaría en el orden de los significantes y no del pene en cuanto órgano real del cuerpo. Existe, sí, la inscripción simbólica de la diferencia sexual, de una ausencia/presencia del pene. Pero, resalta Kehl (1998), existe algo para más allá que simplemente “ser mujer”, que incluye la construcción de que “mujer ella va a ser”. Así, el femenino no se restringe a un opuesto complementar del masculino, pero como uno menos-algo (el pene) pasible de ser añadido de algo.

 Sin embargo, si la castración no es simbolizada, el sujeto permanece “[…] amarrado a las evidencias de presencia o ausencia de falo en el real del cuerpo, restringiendo o mismo imposibilitando el desarrollo de una narración individual, la cual presupone, entre otras cosas, justamente una dialéctica imaginaria entre pierdas y conquistas fálicas.” [[12]](#footnote-13)(Kehl, 1998, p. 321). ¿Y no es justamente en esa posición que se ponen muchas mujeres, de alguien que debe hacerse desear por un hombre para, de allí, poder obtener la posibilidad fálica? ¿De alguien que, por la ausencia del falo en real del cuerpo, se pone en una posición de imposibilidades? Una mujer impedida de construir una narración propia, a partir de deslizamientos fálicos, una vez que esa posibilidad se restringe a ser objeto de amor de Otro absoluto, fálico.

**5 Consideraciones finales**

Se puede pensar, entonces, que el discurso de algunas mujeres, al ponerse en una posición de sumisión y pasividad delante de un hombre, podría relacionarse a fallas en la resolución del Edipo. O sea, la mujer permanecería en un momento de constitución anterior al Edipo, del orden del imaginario. Permanecería en una posición de desposesión fálica, desprovista del falo en cuanto objeto imaginario, en cuanto presencia o ausencia real en el cuerpo.

 “Él me agredió y yo fingí que me había caído. Me dio vergüenza contar la verdad.” ¿Cuál verdad? Tal vez la verdad de que ella no posee el falo, de admitir una ausencia. Ausencia que puede venir a denunciar una culpa, una necesidad de punición. Punición conectada “a las personas despreciables del sexo femenino”, condenadas con la pierda de sus genitales. ¿Cómo enfrentar aquél que detiene el objeto de deseo, de potencia? Solo le cabe a esta mujer, en su imaginario, la pasividad y el silencio.Sujeto-mujer que no entraría, de esa forma, en el orden del simbólico, en la posibilidad fálica en cuanto significante, en el orden del deseo, de una búsqueda por un objeto causador del deseo, cuya fuerza proviene de la falta, de la privación que nos constituye en cuanto sujetos impedidos. Tales mujeres, al atribuir al hombre la posesión fálica, al atribuir al masculino una posición de sexualmente superior, por la concepción imaginaria de que son los hombres los que detienen el deseo de la madre, parecen permanecer en una búsqueda imaginaria por la plenitud, por la posibilidad de tener el falo como perspectiva de goce.

 “A mí siempre me engañan. Hay algo de equivocado conmigo.” Algo le falta, pues su sexualidad es marcada por la ausencia. En el hombre nada puede faltar, pues el posee aquél que tiene valor: el falo. Si el hombre escogió otra, es por que la mujer que fue engañada no fue capaz de atender a sus demandas, de corresponder al ideal de ese Otro omnipotente, que tiene valor. Y, en ese sentido, merece la punición, que es la traición. La propia ausencia del falo denuncia que, si algo le fue sacado, es porque cometió algún delito. Delito que ahora queda claro, una vez que es incapaz de satisfacer al Otro, de ocupar un lugar de objeto de deseo.

 Esa posición impide que esas mujeres formen una narración propia, proveniente del deslizar a través de diferentes significantes de valor fálico, una vez que estarían condenadas a caprichos de un Otro absoluto, de quien buscan ser objeto de amor. “Él me agredió aquella vez, pero es tan bueno para mí.” O sea, se trata de la incondicionalidad de esta demanda de amor; cualquier circunstancia se convierte en algo irrelevante delante de la posibilidad de ser objeto de amor de ese Otro absoluto. Así, esas mujeres permanecen en un momento de constitución anterior al Edipo, de hacerse objeto de deseo, de amor del Otro. Pues, para ellas, ese Otro, inicialmente representado por la madre, es lo que hay de más importante, es esencialmente lo que importa. Como si ese Otro no fuese impedido por la ley, por la orden del deseo. Otro con status fálico. A quien todo es permitido, incluso el goce. Un hombre que puede tener todas las mujeres, que puede gozar de todas ellas, una vez que no es atravesado por el impedimento. “Todos los hombres engañan. Si no aceptas eso, es mejor quedarte sola.”

 Esas mujeres estarían, así, amarradas a esa ilusión de que, al ponerse como objeto de deseo de un hombre, configurarían con él una relación de complitud, en la cual el interdicto no es capaz de inscribirse. Y, en ese sentido, el masculino ganaría ese status fálico, de totalidad, de goce. El padre real, mítico, tiránico, de “Tótem y Tabú”, aquél que puede gozar de todas las mujeres. Distinto del padre simbólico, al cual Lacan se refiere como la metáfora que se constituye a partir del asesinato del padre, que inscribe el interdicto, la prohibición del incesto.

 En este trabajo se demuestra, así, en el discurso machista que atraviesa el imaginario de algunas mujeres algo que está para más allá del placer por el dolor, del masoquismo. Existe ahí algo de no resolución del Complejo de Edipo, donde la diferencia sexual permanece conectada a una posición imaginaria de tener o no tener el falo/pene. Y delante de esa desposesión, estas mujeres se ponen en lugares de sumisión a otro no como seres faltantes, pero como seres que deben de atender a ese Otro, por una demanda de amor. Sea como sea, desde que puedan ser su objeto de amor. Demanda de amor que permanece en la égida de la incondicionalidad, “[…] incondicional de la demanda de amor por la cual el sujeto permanece en la sujeción al Otro, para elevarlo a potencia de condición absoluta […]” (Lacan, 1960, p. 828). [[13]](#footnote-14) O sea, una demanda que no es frenada por la Ley, pues ofrece al Otro un status de omnipotencia. Demanda de amor hecha metáfora en el título de ese trabajo: Sea como sea, ámame, por favor.

**Referencias Bibliográficas**

Freud, S. (1996). A organização genital infantil: uma interpolação na teoria da sexualidade. InJ. Salomão (Ed.). *Edição standard brasileira das obras psicológicas completas de Sigmund Freud.* (Vol. 19, PP 157-166).Rio de Janeiro: Imago. (Obra original publicada em 1923).

Freud, S. (1996). A dissolução do complexo de Édipo. InJ. Salomão (Ed.). *Edição standard brasileira das obras psicológicas completas de Sigmund Freud.* (Vol. 19 pp. 193-204) Rio de Janeiro: Imago.(Obra original publicada em 1924a).

Freud, S. (1996). O problema econômico do masoquismo. InJ. Salomão (Ed.). *Edição standard brasileira das obras psicológicas completas de Sigmund Freud* (Vol. 19, pp. 177-192). Rio de Janeiro: Imago. (Obra original publicada em 1924b).

Kehl, M. R. (1998). *Deslocamentos do feminino.*Rio de Janeiro: Imago..

Lacan, J. (1998). Função e campo da fala e da linguagem em psicanálise. In J. Lacan. *Escritos.* Rio de Janeiro: Zahar. (Obra original publicada em 1953).

Lacan, J.. (2010). *O Seminário livro 3: as psicoses.* Rio de Janeiro: Jorge Zahar. (Obra original publicada em 1955-1956).

Lacan, J. (1995). *O Seminário livro 4: a relação de objeto.*Rio de Janeiro: Jorge Zahar. (Obra original publicada em 1956-1957).

Lacan, J. (1999***).*** *O Seminário livro 5: as formações do inconsciente****.***Rio de Janeiro: Jorge Zahar. (Obra original publicada em 1957-1958).

Lacan, J. (1998). A significação do falo. In J. Lacan. *Escritos.* Rio de Janeiro: Zahar, 1998. (Obra original publicada em 1958).

Quinet, A. (2015). *Édipo ao pé da letra: fragmentos de tragédia e psicanálise***.** Rio de Janeiro:Zahar.

**Seja como for, me ame, por favor: A (não) resolução edípica em Lacan[[14]](#footnote-15)\***

**Nicole Pedroti Venturin Padilha[[15]](#footnote-16)\*\***

**1 Introdução**

Temos visto, nos últimos tempos, muitas mulheres rompendo o silêncio e denunciando diversos casos de assédio, agressão física ou psicológica, entre outros casos em que sentem sua sexualidade e subjetividade invadidas e desrespeitadas. Muito se tem falado a respeito de um discurso social machista latente que permearia as relações intersubjetivas vigentes.

Entretanto, o que percebemos é que esse discurso não se restringe aos homens, mas acaba por perpassar o imaginário feminino. Na clínica, têm chamado a atenção dizeres como: “Eu sempre sou traída. Deve ter algo de errado comigo”; “Ele me agrediu daquela vez, mas ele é sempre tão bom para mim”; “Ele me agrediu e eu fingi que tinha caído. Fiquei com vergonha de contar a verdade”; “Todos os homens traem. Se você não aceitar isso, é melhor ficar sozinha”, entre outros. Isso levou a uma reflexão: O que faz com que, desde a época das histéricas de Freud, mesmo com todo o discurso libertário que vem se construindo em torno do feminino, a mulher ainda se coloque num lugar de submissão e inferioridade em relação aos homens? Questionamento que desencadeou a presente investigação, para além do social e do intersubjetivo, no sentido de investigar os processos inconscientes ali envolvidos, e cujo objetivo não é ficar na égide do masoquismo, mas promover um entendimento acerca da resolução (ou não) edípica.

**2 Diferenciação sexual**

Na teoria freudiana, a questão fálica parece encontrar (a princípio) correspondência em relação à questão anatômica: falo igual a pênis. Assim, a diferença sexual anatômica – ter ou não ter pênis/falo– estaria no cerne do que constituiria o masculino, enquanto atividade, e o feminino, como passividade.

A castração, nesse sentido, também ganharia equivalência com a questão anatômica. Em “A organização genital infantil”, Freud (1923/1996) defende que, na organização pré-genital, haveria um único órgão sexual: o pênis/falo, e que, portanto, a distinção inicial se daria entre ter o pênis/atividade e ser castrado/passividade. Nesse sentido, o fato de a mulher não possuir o pênis (ser castrada) poderia estar ligado à ideia de punição, que só as “pessoas desprezíveis do sexo feminino” é que perderiam seus órgãos genitais. O desenvolvimento da sexualidade feminina se daria, portanto, no sentido de reconhecer que possui um órgão sexual próprio – a vagina –, e não mais como alguém desprovido do único órgão sexual até então reconhecido – o pênis.

Em “A dissolução do complexo de Édipo”, Freud (1924ª/1996) defende que a menina, ao perceber que ela, assim como a mãe, nunca virá a ter um pênis, voltaria seu amor ao paina tentativa de obter dele o que lhe foi negado via equação simbólica pênis-bebê. Ou seja, o pai é aquele que pode lhe dar um bebê. Assim, seria através de uma decepção que a menina se lançaria em direção a uma posição feminina associada à passividade: receber o falo de um homem (originalmente, o pai).

Entretanto, no decorrer de sua obra, Freud parece se aproximar do caráter simbólico do falo como falta, não apenas no âmbito anatômico. Kehl (1998) destaca que, no texto “Fetichismo”, Freud parece indicar uma visão mais simbólica do falo, visto que o fetiche viria como um substituto fálico, como uma tentativa de obturar uma falta, percebida e recusada. Assim, o estatuto fálico do pênis deixaria de estar garantido, uma vez que só é falo à medida que se constitui como objeto do desejo materno, objeto capaz de tamponar uma falta: “Já não basta portar um pênis para ter um falo [...]” (Kehl, 1998, p. 247).

Em “O problema econômico do masoquismo”*,* Freud (1924b/1996), apesar de ainda associar o feminino ao passivo e o masculino ao ativo, ressalta que a posição feminino/passivo não está necessariamente destinada às mulheres, assim como a posição masculino/ativo não designa necessariamente a posição assumida pelos homens. Desfaz, desse modo, uma analogia direta entre anatomia e posição assumida.

Ideia essa que Lacan retomará no nível do simbólico: a castração, em ambos os sexos, estaria na ordem da falta, na representação do sujeito como barrado. “A castração no Outro [...] é condição da castração no sujeito. Por outro lado, [...] o falo, simbolizável a partir de qualquer objeto ao qual uma cultura atribua valor, não pertence a sujeito nenhum, mas está ao alcance de todos” (Kehl, 1998, p. 235). Assim, a posse do pênis do menino e sua ausência na menina não teriam correlação direta à posse ou não do falo. “[...] o falo é um símbolo do qual não há correspondente, equivalente.” (Lacan, 1955-1956/2010, p. 201).

Assim, a passagem de uma sexualidade infantil para uma sexualidade adulta não seria puramente orgânica, mas estaria atrelada à representação imaginária e simbólica da diferença sexual. Ou seja, da saída de uma posição infantil, em que apenas um órgão é reconhecido, que promoveria uma oposição entre fálicos e castrados, para a concepção de que existem dois sexos diferentes – o masculino e o feminino (Kehl, 1998).

**3 O Complexo de Édipo em Lacan**

Lacan (1957-1958/1999) propõe, em seu “Seminário 5”, uma divisão do complexo de Édipo em três tempos. O primeiro tempo se daria a partir da alienação ao desejo do Outro, de uma imagem capaz de captar o olhar de um outro. O desejo do bebê “[...] é o desejo do desejo da mãe.” (Lacan, 1957-1958/1999, p.188). Sua busca se orienta no sentido de ser o objeto de amor do Outro, de saber o que quer este Outro materno absoluto. E, ao atribuir que o objeto de desejo da mãe é o falo, passa a se identificar com este falo, a oferecer-se como falo. Para o bebê, ele É o falo.

Entretanto, a criança se dá conta, progressivamente, da insatisfação da mãe e de que, portanto, o falo não lhe pertence. Ela percebe que o objeto do desejo da mãe está para além dela, num terceiro, aquele onde o falo pode ser encontrado. O pai entra nessa relação mãe-bebê “[...] como aquele que priva a mãe do objeto de seu desejo [...] o objeto fálico [...]” (Lacan, 1957-1958/1999, p. 190). O pai intervém não como um personagem, mas como um direito. Na concepção lacaniana, o pai não é apenas um objeto, mas uma metáfora: aquele que enuncia a lei, a lei da privação. E essa privação, da qual a mãe é objeto, o sujeito infantil assume ou não. Trata-se, no nível do imaginário, de ser ou não ser o falo. Lacan introduz a metáfora paterna como aquela que impõe à criança a castração simbólica.

Nesse segundo tempo, o desejo da mãe passa a apontar para o Nome do Pai enquanto significante e não como uma pessoa. “É no Nome do Pai que se deve reconhecer o suporte da função simbólica que, desde o limiar dos tempos históricos, identifica sua pessoa com a imagem da lei.” (Lacan, 1953/1998, p. 279). A lei primordial que rege a cultura, do interdito, da proibição do incesto. E esse significante será uma metáfora daquilo que pode vir a ter valor fálico (o próprio pai, um trabalho, um bebê, etc.). O Nome do Pai inscreve-se no lugar do Outro, e o significante fálico resultante desta operação torna-se distinto do falo imaginário. Falo como significante, como “[...] razão do desejo do Outro [...]”, desejo que impõe reconhecer que o outro, assim como o próprio sujeito, é “[...] dividido pela *Spaltung* significante.” (Lacan, 1958/1998, p. 700).

Assim, em um primeiro momento, o bebê encontrava-se numa posição imaginária, onde ocupava o lugar de falo, de objeto de desejo da mãe. Com a entrada de um terceiro, o bebê é introduzido no universo simbólico, assumindo uma posição de sujeito desejante, submetido à lei do Outro, ao interdito do pai. Assim, o desejo inscreve-se na ordem da falta. É a lei do pai que introduz limites ao gozo, que marca a sua proibição. Desse modo, o Nome do Pai vem barrar o Outro onipotente e absoluto, a quem o bebê, até então, deveria atendera todos os caprichos. O Outro torna-se o lugar da lei, o lugar da possibilidade simbólica. O falo, que antes se constituía como objeto imaginário do desejo da mãe, passa ao lugar de significante do desejo, de um Outro que é barrado.

Entretanto, Lacan (1957-1958/1999) frisa que essa função paterna só se realiza através da mãe, à medida que esta também se reconheça como submetida à lei, ou seja, se reconheça como um sujeito faltante, que não possui o falo. Só assim será possível ao bebê perceber que ele não é este objeto de desejo da mãe.

E é esse movimento que introduz a menina no Édipo: a compreensão do pai como o portador do pênis real, como aquele que pode lhe dar um bebê. O pai é inicialmente seu objeto de amor. Objeto ao qual foi conduzida pela ordem da falta. A partir daí, o processo conduzirá no sentido de que esse pai possa ser substituído por outros significantes de valor fálico. No último tempo edípico, o pai surge como o Ideal do eu, como aquele que possui o falo. “[...] o pai pode dar à mãe o que ela deseja, e pode dar porque o possui.” (Lacan, 1957-1958/1999, p. 200). No desfecho do complexo de Édipo, a menina passa a saber onde está o falo e, assim, a ir na direção dele. É à medida que a função do homem e da mulher sai do domínio do imaginário, situando-se no nível do simbólico, que a posição sexual pode ser consumada.

Cabe salientar, entretanto, que ter o falo não estaria associado necessariamente ao fato de o pai ter o pênis. Mas sim de o pai ter sido introduzido, simbolicamente, como um objeto de desejo da mãe, como um terceiro que denuncia a falta, a incompletude da mãe. O pai surge como possibilidade de busca fálica, de um terceiro capaz de dar satisfação, para além de si. Uma satisfação que é sempre parcial.

**4 Sexualidade e Sexuação**

O bebê nasce com um sexo biológico que lhe diferencia enquanto indivíduo possuidor de um pênis = macho ou de uma vagina = fêmea. Mas isso não quer dizer, necessariamente, que o indivíduo que possui um pênis assumirá uma posição masculina e que o indivíduo que possui uma vagina assumirá uma posição feminina. Do mesmo modo, não será determinante na forma como a resolução edípica se dará, uma vez que esta resolução está para além do anatômico, visto seu caráter simbólico, do entendimento do falo enquanto significante da falta, da relação presença/ausência, da relação com o desejo e com a lei.

O corpo infantil, este corpo anatômico, começa a ser libidinizado, sexualizado na relação com o Outro materno. Corpo que passa a ser sexual, capaz de experienciar sensações de prazer e que, na identificação fálica, surge como possibilidade de gozo e completude da mãe. Entretanto, aos poucos, o bebê percebe que algo falta a este Outro, que este deseja para além do bebê e que, portanto, a criança não é o falo. O gozo passa a ser barrado e o sujeito é introduzido na ordem do desejo, do simbólico, da lei.

A sexuação, portanto, provém do interdito, da resolução edípica. “O fim do Complexo de Édipo é correlativo da instauração da lei como recalcada no inconsciente [...]” (Lacan, 1956-1957/1995, p. 216). Provém da constituição de um objeto causa de desejo e com a busca do sujeito, ao longo da vida, por algo que lhe falta, algo que ele imagina um dia ter perdido.

Assim, a sexuação não é dada pelo biológico, mas pela interdição que provém da lei do Outro. A sexuação se constitui, dessa forma, a partir da barra ao gozo, da determinação simbólica do sujeito enquanto ser faltante e de sua relação com o desejo (Kehl, 1998). O reconhecimento da posição sexual do sujeito está ligado à sua entrada no simbólico: Sexualidade em busca de uma satisfação que é sempre parcial, de algo atribuído de valor que possa vir a ocupar ume lugar de objeto substituto, fálico.

Isso permite pensar a mulher para além de uma posição de despossessão fálica, ou seja, de alguém que, por não possuir um pênis, está fadada a ser desejada por um homem para assim ser capaz de gerar um bebê. Afinal, o fálico estaria na ordem dos significantes e não do pênis enquanto órgão no real do corpo. Existe, sim, a inscrição simbólica da diferença sexual, de uma ausência/presença do pênis. Mas, ressalta Kehl (1998), existe algo para além do que seria “ser mulher”, que inclui a construção de que “mulher ela vai ser”. Assim, o feminino não se restringiria a um oposto complementar do masculino, mas como um menos-alguma-coisa (o pênis) passível de ser acrescido de alguma outra coisa.

Entretanto, se a castração não for simbolizada, o sujeito permanece “[...] atados às evidências da presença ou da ausência do falo no real do corpo, restringindo ou mesmo impossibilitando o desenvolvimento de uma narrativa individual, a qual pressupõe, entre outras coisas, justamente uma dialética imaginária entre perdas e conquistas fálicas.”(Kehl, 1998, p. 321).

E não é justamente nessa posição que vemos muitas mulheres se colocarem, de alguém que deve se fazer desejar por um homem para dali poder obter a possibilidade fálica?De alguém que, pela ausência do falo no real do corpo, se coloca numa posição de impossibilidades? Uma mulher impossibilitada de construir uma narrativa própria, a partir de deslizamentos fálicos, uma vez que essa possibilidade fica restrita a ser objeto de amor de um Outro absoluto, fálico.

**5 Considerações finais**

Podemos pensar, então, que o discurso de algumas mulheres, ao se colocarem numa posição de submissão e passividade perante o homem, poderia se relacionar a falhas na resolução edípica. Ou seja, a mulher permaneceria num momento de constituição pré-edípica, da ordem do imaginário. Permaneceria numa posição de despossessão fálica, desprovida do falo enquanto objeto imaginário, enquanto presença ou ausência no real do corpo.

 “Ele me agrediu e eu fingi que tinha caído. Fiquei com vergonha de contar a verdade.” Que verdade? Talvez a verdade de que ela não possui o falo, de admitir uma ausência. Ausência que pode vir a denunciar uma culpa, uma necessidade de punição. Punição atrelada “às pessoas desprezíveis do sexo feminino”, condenadas com a perda de seus genitais. Como enfrentar aquele que é detentor do objeto de desejo, da potência? Só caberia a esta mulher, em seu imaginário, a passividade, o silêncio.

Sujeito-mulher que não entraria, dessa forma, na ordem do simbólico, na possibilidade fálica enquanto significante, na ordem do desejo, de uma busca por um objeto causa do desejo, cuja força motriz provém da falta, da privação que nos constitui enquanto sujeitos barrados, interditados. Tais mulheres, ao atribuírem ao homem a possessão fálica, ao atribuírem ao masculino uma posição sexualmente superior, pela concepção imaginária de serem detentores do objeto do desejo da mãe, parecem permanecer numa busca imaginária pela completude, pela possibilidade de ter o falo como perspectiva de gozo.

“Eu sempre sou traída. Deve ter algo de errado comigo.” Algo lhe falta, pois sua sexualidade é marcada pela ausência. No homem nada pode faltar, pois ele possui aquele que tem valor: o falo. Se o homem escolheu a outra, é porque a mulher traída não foi capaz de atender à sua demanda, de corresponder ao ideal deste Outro onipotente, valoroso. E, nesse sentido, merece a punição, a traição. A própria ausência do falo denuncia que, se algo lhe foi tirado, é porque cometeu algum delito. Delito que agora fica evidente, uma vez que é incapaz de satisfazer o Outro, de ocupar um lugar de objeto de desejo.

Tal posição impediria essas mulheres de construírem uma narrativa própria, proveniente do deslizamento através de diferentes significantes de valor fálico, uma vez que estariam condenadas aos caprichos de um Outro absoluto, de quem buscam ser objeto de amor. “Ele me agrediu daquela vez, mas ele é sempre tão bom pra mim.” Ou seja, trata-se da incondicionalidade desta demanda de amor; qualquer circunstância torna-se irrelevante diante da possibilidade de ser objeto de amor deste Outro absoluto.

Assim, estas mulheres permaneceriam num momento de constituição pré-edípica, de fazer-se objeto de desejo, de amor do Outro. Pois, para elas, esse Outro, inicialmente representado pela mãe, é o que há de mais importante, é essencialmente o que importa. Como se esse Outro não fosse barrado pela Lei, pela ordem do desejo. Um Outro com status fálico, a quem tudo é permitido, inclusive gozar. Um homem que pode ter todas as mulheres, que pode gozar de todas elas, uma vez que não é atravessado pela barra. “Todos os homens traem. Se você não aceitar isso, é melhor ficar sozinha.”

Essas mulheres estariam, assim, presas a essa ilusão de que, ao colocarem-se como objeto de desejo de um homem, configurariam com ele uma relação de completude, em que o interdito não é capaz de se inscrever. E, nesse sentido, o masculino ganharia esse status fálico, de totalidade, de gozo. O pai real, mítico, tirânico, de “Totem e Tabu”, aquele que pode gozar de todas as mulheres. Diferente do pai simbólico, referido por Lacan como a metáfora constituída a partir do assassinato do pai, que inscreve o interdito, a proibição do incesto.

Neste trabalho vislumbra-se, assim, no discurso machista que perpassa o imaginário de algumas mulheres, algo que está para além do prazer pela dor, da esfera do masoquismo. Existe aí algo de não resolução edípica, em que a diferença sexual permanece atrelada a uma posição imaginária de ter ou não ter o falo/pênis. E, diante dessa despossessão, colocam-se num lugar de submissão a um Outro não como seres faltantes, barrados, mas como seres que devem atendê-lo, por uma demanda de amor. Seja como for, desde que possam ser seu objeto de amor.

Demanda de amor que permanece na égide da incondicionalidade, “[...] incondicional da demanda de amor pela qual o sujeito permanece na sujeição do Outro, para elevá-lo à potência da condição absoluta [...]” (Lacan, 1960, p. 828). Ou seja, uma demanda que não é refreada pela Lei, pois oferece ao Outro um status de onipotência. Demanda de amor metaforizada no título deste trabalho: Seja como for, me ame, por favor.

**Referências**

Freud, S. (1996). A organização genital infantil: uma interpolação na teoria da sexualidade. InJ. Salomão (Ed.). *Edição standard brasileira das obras psicológicas completas de Sigmund Freud.* (Vol. 19, PP 157-166).Rio de Janeiro: Imago. (Obra original publicada em 1923).

Freud, S. (1996). A dissolução do complexo de Édipo. InJ. Salomão (Ed.). *Edição standard brasileira das obras psicológicas completas de Sigmund Freud.* (Vol. 19 pp. 193-204) Rio de Janeiro: Imago.(Obra original publicada em 1924a).

Freud, S. (1996). O problema econômico do masoquismo. InJ. Salomão (Ed.). *Edição standard brasileira das obras psicológicas completas de Sigmund Freud* (Vol. 19, pp. 177-192). Rio de Janeiro: Imago. (Obra original publicada em 1924b).

Kehl, M. R. (1998). *Deslocamentos do feminino.*Rio de Janeiro: Imago..

Lacan, J. (1998). Função e campo da fala e da linguagem em psicanálise. In J. Lacan. *Escritos.* Rio de Janeiro: Zahar. (Obra original publicada em 1953).

Lacan, J.. (2010). *O Seminário livro 3: as psicoses.* Rio de Janeiro: Jorge Zahar. (Obra original publicada em 1955-1956).

Lacan, J. (1995). *O Seminário livro 4: a relação de objeto.* Rio de Janeiro: Jorge Zahar. (Obra original publicada em 1956-1957).

Lacan, J. (1999***).*** *O Seminário livro 5: as formações do inconsciente****.***Rio de Janeiro: Jorge Zahar. (Obra original publicada em 1957-1958).

Lacan, J. (1998). A significação do falo. In J. Lacan. *Escritos.* Rio de Janeiro: Zahar, 1998. (Obra original publicada em 1958).

Quinet, A. (2015). *Édipo ao pé da letra: fragmentos de tragédia e psicanálise***.** Rio de Janeiro: Zahar.

1. Articulo originalmente publicado en el libro Édipo: enigma da atualidade/ J. L. Lima, D. Hausen & A. C. Meira Orgs.). Porto Alegre: Sulina, 2018. [↑](#footnote-ref-2)
2. Psicóloga, Psicoanalista en formación en el CEPdePA [↑](#footnote-ref-3)
3. Traducción libre. [↑](#footnote-ref-4)
4. Traducción libre. [↑](#footnote-ref-5)
5. Traducción libre. [↑](#footnote-ref-6)
6. Traducción libre. [↑](#footnote-ref-7)
7. Traducción libre. [↑](#footnote-ref-8)
8. Traducción libre. [↑](#footnote-ref-9)
9. Traducción libre. [↑](#footnote-ref-10)
10. Traducción libre. [↑](#footnote-ref-11)
11. Traducción libre. [↑](#footnote-ref-12)
12. Traducción libre. [↑](#footnote-ref-13)
13. Traducción libre. [↑](#footnote-ref-14)
14. \* Trabalho originalmente publicado no livro Édipo: enigma da atualidade/ J. L. Lima, D. Hausen & A. C. Meira Orgs.). Porto Alegre: Sulina, 2018. [↑](#footnote-ref-15)
15. **\*\* Psicóloga, Psicanalista em formação no CEPdePA.** [↑](#footnote-ref-16)